



Eucaristía de inicio del Mes de Misionero Extraordinario

FIESTA DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Iniciamos con esta celebración eucarística el Mes Misionero Extraordinario propuesto por el Papa Francisco a toda la Iglesia con el fin de despertar aún más la conciencia misionera de la misión “*ad gentes*” y promover un nuevo impulso de transformación misionera de la vida y de la pastoral de las diócesis.

Es una forma dar cauce a la tarea de transformación misionera de la Iglesia, vigorosamente pedida en la exhortación “La alegría del Evangelio”.

Se trata de enraizar la misión universal de la Iglesia entre los pueblos en la pastoral ordinaria de las iglesias particulares y en la vocación misionera de todo fiel cristiano, que brota del Bautismo y del don del Espíritu. Así lo expresa el lema **Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo.**

La participación de los fieles en la celebración del Mes Misionero habría de realizarse en las siguientes dimensiones espirituales: El encuentro personal con Jesucristo vivo en la Iglesia; el testimonio de los santos y mártires de la misión; la formación catequética en la misión; la caridad misionera.

La formación catequética en la misión es cada día más necesaria, habida cuenta del estado actual de la evangelización de quienes todavía no conocen a Jesucristo y de la situación de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo. Para esta formación catequética tenemos la ayuda de la abundante y riquísima enseñanza de la Iglesia desde el Concilio Vaticano II hasta el Papa Francisco.

A modo de ejemplo, la exhortación *Evangelii nuntiandi*, de san Pablo VI, nos recuerda que “*evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar*”. (n.14).

La finalidad de la evangelización es llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro a la humanidad en humanidad nueva, haciendo en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio, realizando el cambio interior de las personas. (cf. *Evangelii nuntiandi* 18).

La evangelización se realiza en primer lugar mediante el testimonio de la vida de los cristianos (ibid. 21); pero este testimonio es insuficiente si no es esclarecido y



Carlos López Hernández

justificado por el anuncio explícito claro e inequívoco del Señor Jesús. *“No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios”* (ibid. 22). Y *“no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo”*, que *“es el agente principal de la evangelización”* (ibid. 75).

La evangelización ha de realizarse bajo el aliento del Espíritu por testigos auténticos que creen lo que anuncian, viven lo que creen, predicán lo que viven, cuidan la unidad, buscan la verdad, y están animados por el amor a los hermanos, como el apóstol Pablo, que no solo les anuncia el Evangelio sino que les entrega la propia vida (cf 1 Tes 2,8; Evangelii nuntiandi 76-79). Así pues, estamos llamados y enviados a evangelizar con el fervor y el ímpetu interior del Espíritu.

“El que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad... de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia.” (ibid. 24). *“Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y consoladora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas”* (ibid. 80).

Estas referencias dan luz sobre las dimensiones en que ha de expresarse nuestra vivencia del Mes Misionero, y de forma especial sobre el encuentro con Cristo al que hemos de anunciar, sobre el testimonio de la vida de los auténticos discípulos, y sobre la caridad y el impulso misioneros que suscita el Espíritu Santo.

La Palabra de Dios nos ayuda a interiorizar las mismas dimensiones espirituales. El amor del Señor es fuente de alegría y consuelos: en sus brazos somos consolados, “como un niño a quien su madre consuela”. Sentimos la ternura y misericordia que Dios tiene con nosotros sus hijos.

Suplicamos al Señor que nos conceda la gracia de volver a ser como niños, que nos ilumine y nos lleve de su mano por el camino de la humildad, de la aceptación y del amor de nuestra condición de “pequeños” y sencillos, a los que ha querido dar a conocer las cosas de su Padre. Y anhelamos que en el conocimiento de su Padre se nos dé a conocer él mismo, el Hijo, que ha recibido de su Padre todo lo que es y todo lo que hace.

El conocimiento del Padre, que Jesús nos revela, es su amor, *“porque Dios es amor”*. Y el amor de Dios solo se conoce naciendo de Dios y amando. *“El que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios”*. *“Quien no ama no ha conocido a Dios”*.

El conocimiento del amor de Dios lleva consigo el conocimiento de Jesús como Hijo de Dios. Porque el amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que *“mandó al mundo a su Hijo, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor:... en que él nos amó y nos envió a su Hijo”*, *“para ser Salvador del mundo”*. *“Quien confiese*



que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios”. Y “conocemos que permanecemos en él y él en nosotros” por el don de su Espíritu.

“Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros”. “Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud”.

Este camino de vida tiene un fiel reflejo en Santa Teresa del Niño Jesús, Patrona de las misiones. Su camino espiritual es la vocación del amor. Y de esa forma nos sentimos llamados a celebrar el Mes Misionero.

Teresa nos cuenta que Jesús la enseña en secreto, en la oración, a leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del Amor. Y confiesa: “La ciencia de Amor, ¡oh, sí! estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma, no deseo más que esa ciencia;... es este amor el solo bien que ambiciono” (La vocación del amor, 241). “Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esta Divina hoguera; este camino es el *abandono del niño pequeño que se duerme sin miedo en los brazos de su Padre*”. Ante este mensaje “no queda más que callar, que llorar de agradecimiento y de amor” (Ibid. 242). “Jesús no pide grandes acciones, sino solamente abandono y agradecimiento”... “no tiene necesidad de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor” (Ibid. 243).

Pero el amor produce en Teresa la inquietud por su lugar y misión en la Iglesia. Ella nos refiere: “A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas, como los Profetas, los Doctores; tengo la vocación de ser Apóstol... quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre, y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa; pero ¡oh, *Amado* mío!, una sola misión no me bastaría, quisiera anunciar al mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más lejanas... Quisiera ser misionero, no sólo durante algunos años, sino quisiera haberlo sido desde la creación del mundo y serlo hasta la consumación de los siglos.... Pero quisiera, por encima de todo, oh, amadísimo Salvador mío, quisiera derramar por ti mi sangre hasta la última gota”. (Ibid. 251)

Igualmente confiesa que le hacían sufrir sus deseos de un verdadero martirio, que incluyera todos los géneros de martirio (Ibid. 252), y anhelaba descubrir cómo vivirlo en la Iglesia. En busca de respuesta abrió la carta primera de san Pablo a los corintios y se le abrieron los ojos al leer “que *todos* no pueden ser apóstoles, profetas, doctores, etc..., que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no podría ser, al *mismo tiempo, la mano*”. La respuesta era clara, pero no colmaba sus deseos, no le daba la paz que buscaba. Prosiguió la lectura y halló consuelo en estas



frases: “Buscad con ardor los *dones* más *perfectos*”; “los más *perfectos dones* nada son sin el Amor”. Entonces vió que “la Caridad es el *camino excelente* que conduce con seguridad a Dios”. (Ibid. 253).

“Por fin, confiesa la santa, había encontrado el descanso... Al considerar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo; o mejor dicho, quería reconocirme en *todos*... La Caridad me dio la clave de mi *vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no le faltaba el más necesario, el más noble de todos; comprendí que la Iglesia tenía un Corazón, y que este Corazón estaba ardiendo de Amor. Comprendí que sólo el Amor hacía obrar a los miembros de la Iglesia, que si el Amor llegara a apagarse, los Apóstoles no anunciarían ya el Evangelio, los Mártires rehusarían derramar su sangre.... Comprendí que el *Amor encerraba* todas las Vocaciones, que el Amor lo era todo, que abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... en una palabra, ¡que es Eterno! Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, Amor mío!... por fin, he hallado mi vocación, ¡mi vocación es el Amor! Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, oh, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... en el Corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el Amor... así lo seré todo ¡¡¡así se realizará mi sueño!!!

La realización de este sueño de amor se consumó en la gran prueba de la fe que acompañó su camino espiritual durante el último año de su vida. Ella confiesa: “¡Oh, Jesús, Amado mío! ... la tormenta rugía fuertemente en mi alma desde la hermosa fiesta de vuestro triunfo, la radiante fiesta de Pascua” (Ibid 246).

“Disfrutaba por entonces de una fe tan viva, tan clara, que el pensamiento del Cielo hacía toda mi felicidad; no podía creer que hubiera impíos que no tuvieran la fe... Durante días tan alegres del tiempo pascual, Jesús me hizo sentir que hay verdaderamente almas que no tienen la fe... Él permitió que mi alma fuese invadida por las más espesas tinieblas, y que el pensamiento del Cielo, tan dulce para mí, no fuese ya más que un motivo de combate y de tormento” (Ibid 276).

Desde la niñez había sentido “la certeza de ir...hacia una región más bella,.. que...me serviría un día de morada estable; pero, de pronto, las nieblas que me rodean se hacen más espesas, penetran en mi alma y la envuelven de suerte que ya no me es posible volver a encontrar en ella la imagen tan dulce de mi Patria, ¡todo ha desaparecido!...; me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: Sueñas con la luz, con una patria aromada de los más suaves perfumes, sueñas con la posesión *eterna* del Creador



de todas estas maravillas, crees salir un día de las nieblas que te rodean, adelante, adelante, alégrate con la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada” (Ibid 278).

“Señor, vuestra hija ha comprendido vuestra divina luz, ella os pide perdón para sus hermanos, ella acepta comer hasta que vos lo queráis el pan del dolor y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, antes del día señalado por vos... Pero ¿no puede ella decir también en su nombre, en nombre de sus hermanos: Tened piedad de nosotros, Señor, porque somos pobres pecadores?... ¡Oh! Señor, despedidnos justificados... Que todos los que no son iluminados por la luminosa antorcha de la Fe la vean, por fin, brillar... Oh, Jesús, si es necesario que la mesa manchada por ellos sea purificada por un alma que os ama, acepto de buena gana comer sola en ella el pan de la prueba, hasta que os plazca introducirme en vuestro luminoso reino. ¡La sola gracia que os pido es la de no ofenderos nunca! (Ibid 277).

“El Amor me ha escogido como holocausto, a mí, débil e imperfecta criatura...Esta elección, ¿no es digna del Amor?... Sí, para que el Amor sea plenamente satisfecho, es necesario que se abaje hasta la nada y que transforme en *fuego* esta nada” (Ibid 255)

“Sí, Amado mío, he aquí cómo se consumirá mi vida... No tengo otro medio de probarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechar todas las más pequeñas cosas y hacerlas por amor... Quiero sufrir por amor, e incluso gozar por amor, de esta manera arrojaré flores delante de tu trono; no, no encontraré ni una sola sin *deshojarla* para ti”. (Ibid 258).

“¡Oh, Jesús mío! te amo... déjame gozar durante mi destierro de las delicias del amor. Déjame saborear las dulces amarguras de mi martirio Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de Amarte, ¿qué será poseer, gozar del Amor?” (Ibid 259). “Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas...y mi *locura* es esperar que tu Amor me acepte como víctima” (Ibid 264).

“Dios se ha dignado hacer pasar a alma por muchas clases de pruebas; he sufrido mucho desde que estoy en la tierra, pero si en mi infancia sufrí con tristeza, ahora ya no sufro así, es en la alegría y la paz, estoy verdaderamente feliz de sufrir” (Ibid 274).

“¡Ah! que Jesús me perdone, si Le he causado pena, pero Él sabe bien que,



Carlos López Hernández

aun no teniendo el goce de la Fe, procuro al menos realizar sus obras. Creo haber hecho más actos de fe desde hace un año que en toda mi vida” (Ibid 279). “Cuando canto la felicidad del Cielo, la *eterna* posesión de Dios, no experimento ninguna alegría al respecto, porque canto simplemente lo que *quiero creer*. (Ibid 280). “Estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un Cielo. Le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso Cielo en la tierra a fin de que se lo abra Él en la eternidad a los pobres incrédulos. Así, a pesar de esta prueba, que me quita *todo goce*, puedo, no obstante, exclamar: Señor, me colmáis de *alegría* con *todo* lo que hacéis... Porque ¿hay una *alegría* más grande que la de sufrir por vuestro amor?” (Ibid 279).

En medio de la gran prueba confiesa Teresa: “Jamás he experimentado tan bien cuán dulce y misericordioso es el Señor; no me ha enviado esta prueba sino en el momento en que he tenido la fuerza para soportarla...Ahora quita todo lo que de satisfacción natural hubiera podido encontrarse en el deseo que tenía del Cielo... ahora ya nada me impide alzar el vuelo, pues no tengo ya grandes deseos, si no es el de amar hasta morir de amor” (Ibid 280).

Monasterio de San José.
Carmelitas Descalzas de Cabrerizos,
1 de octubre de 2019